

AUTORES Y LIBROS

# Enrique Lihn: "Diario de Muerte"

¿Se podrá tocar a estas horas el alma de Lihn con el pétalo de una rosa? ¿O el espíritu de Lihn? ¿O el recuerdo de Lihn? Al parecer, no. El círculo de sus amigos, que cerró estrechas filas con motivo de su muerte, pondría el grito en el cielo. "Se está atacando a Lihn en despoblado".

Lihn no creía en la inmortalidad del alma. Se caracterizaba por poseer un juicio crítico negativo acerca de muchas cosas. Sin reconocerlo expresamente, creía en la inmortalidad de la palabra. Por eso escribía. Para eternizarse en forma oblicua. Para no dar su brazo a torcer.

Es decir, víctima de la desorientación, del desasosiego de su voraz o feroz inteligencia, quería y no quería. De un lado, la tentación de durar, de perdurar. De otro, el propósito suicida de hacerse trizas.

Las mujeres, desde luego, le fascinaban, pero no le duraban.

Un día, almorzando bajo un toldo de verano en el patio de mi casa, miró en derredor y dijo: "Esto hubiera deseado yo: tener una casa".

El "Diario de Muerte" (Editorial Universitaria, 1989), que albaceas atentos como Adriana Valdés y Pedro Lasstra ordenaron con los poemas que Enrique Lihn escribió ya en conocimiento de su fin próximo e inevitable, es una obra testimonial, un documento patético de los dolores últimos de un poeta, pero no el libro más esclarecedor de su existencia. Ni siquiera el más estremecedor o de belleza más aterradora.

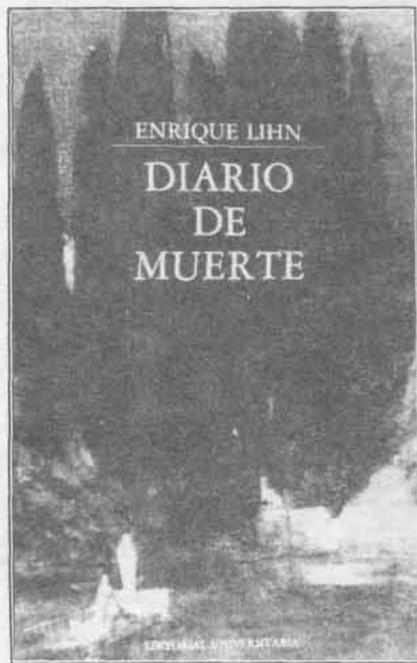
Ciertas frases, algunos versos felices peraltan a veces el conjunto; no llegan, sin embargo, a justificarlo. Quizá estas páginas pudieran incluirse como apéndice documental en una reedición de su poemario "La Pieza Oscura", por ejemplo. Llega el instante de revisar a Lihn sin el temor polémico de su presencia.

Niño de oro de nuestra literatura, investigador nocturno de sus propios laberintos, complejo y contradictorio en la elección de sus herramientas, aparte su imagen desgarrada y tierna de muchacho enfurruñado, aunque eutrapélico y hasta desopilante en el trato de la tertulia, Enrique Lihn fue poeta y narrador que se creía "outsider" en un mundo que lo colmaba de atenciones. La toma de conciencia de la enfermedad implacable lo condujo a escribir con desesperación una especie de testamento en versos. Hay dos maneras de medir el resultado. Elijamos la patética, no la estética.

Su intelectualizada visión del devenir póstumo se pone de relieve en estas líneas: "Estoy tratando de creer que creo / no es el mejor punto de partida / pero al menos dudo de mi escepticismo / como de una racionalidad sin



Enrique Lihn y el documento patético de sus dolores últimos.



antecedentes / no ha sido para mí, en su larga trayectoria, / un particular motivo de orgullo..." (Estoy tratando de creer, p. 80).

Todo hombre que muere cree ser el único mortal de este universo. Es injusto. Injusto en el caso de Lihn para los que no alcanzan a decir ni pío.

## HORACIO PAZ Y SUS ASUNTOS EROTICOS.

Modesto, residente en un pueblo sencillo del Norte Chico, Horacio Paz no pretende ser más de lo que es ni menos de lo que ha sido. ¿Y qué ha sido? Para los de buena memoria, el escritor que escarba en los misterios del sexo a partir de episodios dignos de Henry Miller.

Sin estridencias, sin alardes, para no despertar alarmas o aprensiones, inútiles, en "Milagro en Sodoma y Otros Relatos" (Santiago, 1989), Paz aborda narrativamente el problema de la neurosis en relación casi directa con la sodomía y la aparición del Sida.

Podría tratarse de un monólogo fastidioso si Paz no diera la impresión tan viva de vivir a fondo el desarrollo del problema. El relato principal aborda el caso de un funcionario acosado por infatigables desesperaciones eróticas. Su confesión empieza con el anuncio de que ha adquirido el Sida. Pero, en vez de quedarse en la descripción de sus quebrantos físicos, comunica que es casado, que tiene 53 años, que su suerte no fue escasa y que, si su matrimonio no se hizo por amor, el balance no re-

sultó penoso. Luego los complejos psicológicos: el miedo de que las mujeres bellas no lo toleraran, la búsqueda de la felicidad a través de extravagancias mentales y la inevitable represión de corte evangélico. A continuación la mezcolanza de la cultura, de lo que alguien harto crítico llamó la "monserga intelectual de Henry Miller" y el hallazgo de las pequeñas y grandes perversiones de la vida cotidiana. En el organismo bajo su mando, el funcionario encuentra un ejército de mujeres. A él lo impulsa sólo el afán erótico. Pero no en el sentido del discurso corriente. El funcionario funciona a la inversa del gallo que se pavonea en un generoso gallinero. Sufre, sin duda, el síndrome que Painter captó en el personaje central de Proust con respecto a Albertina. De hecho la "mujer" amada de aquel personaje era el propio chofer del novelista.

De ahí el Sida en el protagonista del relato de Horacio Paz.

El lenguaje en que se cuentan estas cosas no es siempre en Paz sutil y elidido. No son, al igual, muy escogidos los trazos de las situaciones-límites en que el funcionario se ve envuelto por la particularidad de sus apatencias viscerales. En fin, si bien es verdad que todo, hasta lo peor, se puede contar en este mundo, la literatura exige algo más que identidades escondidas. Exige cierta dosis de misterio poético hasta en la administración de la más cruda prosa.